

---

MISA PONTIFICAL  
DEL SEÑOR NUNCIO APOSTÓLICO EN ALEMANIA,  
ARZOBISPO DR. JEAN-CLAUDE PÉRISSET,  
el 18 de octubre de 2009, a las 10:30 h., en la Iglesia de Peregrinos  
en 56179 Vallendar - Schoenstatt  
con ocasión del

---

95° ANIVERSARIO  
DE LA FUNDACIÓN DEL MOVIMIENTO DE  
SCHOENSTATT.

(29. Domingo del año B: Is. 53,10-11; Heb. 4, 14-16: Mc.10,35-45)

*“El siervo que dá su vida en expiación  
verá su descendencia y alargará sus días” ( Is. 53,10)*

¡Queridos hermanos y hermanas en Cristo!

La primera lectura de la Eucaristía de hoy, tomada del cuarto Cántico del Siervo de Yahvé del profeta Isaías, nos ofrece una clave para la obra de Cristo como el Redentor del mundo y nos abre perspectivas para comprender el actuar de sus discípulos en la misión de la Iglesia. ¿Por qué? Primero, porque Cristo y la Iglesia forman una unidad, como el Apóstol expone plásticamente en la Epístola a los Colosenses, cuando

escribe: “Él - se refiere a Cristo - es la cabeza del cuerpo, pero el cuerpo es la Iglesia” (Col 1, 18); Segundo, porque Cristo mismo invita a su seguimiento: “El que quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16, 24); Tercero, porque la vida cristiana, en unión con Cristo, es la ofrenda que traemos ante Dios, como escribe el Apóstol Pablo a los efesios: “Sed pues imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef 5,1; trad. Biblia de Jerusalén).

La fiesta de hoy - el 95 aniversario de la fundación del Movimiento de Schoenstatt - en la cual participan miembros de todo el mundo, es una excelente oportunidad de evocar con gratitud y reflexionar sobre compromiso del Movimiento en la Iglesia. Se debe al carisma del P. José Kentenich que lo fundó en fidelidad a la gracia de Dios. Su vida - como la de la mayoría de los fundadores en la Iglesia, no sólo entre los fundadores de Órdenes - corresponde a la advertencia de Jesús a sus discípulos que acabamos de escuchar. La cruz que con frecuencia, a través de autoridades eclesiásticas, se le cargó sobre sus hombros, pertenece al seguimiento de Cristo si nos entregamos por su Iglesia. Y hoy podemos cosechar abundantes frutos de su sacrificio y de su fidelidad a Cristo. Y si ahora celebramos esta fiesta del Movimiento, estamos invitados, bajo la protección de María a recorrer, siguiendo sus huellas, el mismo camino de redención y de renovación.

1. Cada aniversario - como el actual para el Movimiento de Schoenstatt - nos evoca un acontecimiento del cual no sólo nos acordamos con gusto sino que debe ser también estímulo para el futuro. Volverse hacia las raíces de un movimiento no significa en modo alguno un retroceso, sino que mucho más, se trata de llenar nuevamente con vida su actual eficacia - donde sea necesario y posible - y verificar su actual actitud mirando al origen, para así fortalecer el compromiso en el Movimiento.

El acontecimiento al que se refiere el aniversario actual pertenece al “*chronos*”, es decir, es un determinado punto en el decurso del tiempo y en este sentido es un suceso histórico. Hace exactamente 95 años, el 18 de octubre, se realizó aquí en Schoenstatt el primer encuentro en el que el P. Kentenich se dirigió a jóvenes que había reunido en una

Congregación Mariana, aunque sin estar plenamente conscientes del significado histórico del suceso.

El acontecimiento de entonces tiene también el carácter de un “*kairós*”, un momento de gracia: como un acontecimiento de la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia. Lo histórico se expandió hacia lo eterno. En la segunda carta de San Pedro leemos: “Ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día” (2ª.Pedr, 3, 8). Esto respecto a la primera dimensión del Movimiento de Schoenstatt: la fundación del Movimiento es un acontecimiento eclesial, es decir, un suceso o hecho humano, animado por la gracia de Dios.

La segunda dimensión - después de la dimensión temporal - es la geográfica. Así como para encontrar un determinado lugar en un mapa se necesitan al menos dos coordenadas, Schoenstatt está ubicado aquí, en el valle del Rin, rodeado de la cadena de colinas de la foresta del Oeste (Westerwald), pero el Movimiento de Schoenstatt está difundido en todo el mundo. Una especial característica suya reside en que hay, en casi 200 lugares del mundo, Capillas marianas edificadas como fieles reproducciones del Santuario original. Tras esto no se esconde, en modo alguno, un pensamiento mágico, como si este elemento material tuviera el rol principal en la espiritualidad del Movimiento. Pero para nosotros los hombres, es una ayuda contar con ciertos signos firmes de identificación o tener costumbres que, donde quiera que sea, nos dan cobijamiento. En este sentido comprenden los miembros del Movimiento de Schoenstatt cuando en sus centros encuentran la misma capilla y la misma imagen de María, de modo que en todas partes se sienten en casa y pueden hacer participar a otros de su espiritualidad.

Para el Santuario de este lugar, vale lo que dijo el Patriarca Jacob en su camino a Jarán después de su sueño al borde de la ciudad de Lus, que él llamó Bet-El -Casa de Dios: “*Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo*” (Gen 28, 17 -Bib.Jer).

Más aún que el lugar del sueño de Jacob es la capilla Puerta del Cielo, y María es llamada en la Letanías Lauretanas “*Puerta del Cielo*” y “*Casa de oro*”.

Nos queda un tercer elemento para meditar si el Movimiento de Schoenstatt debe ser presentado por entero: este elemento es su densidad. “*Densidad*” es un concepto que encuentra aplicación en muy diversos ámbitos: en las ciencias naturales, en la moderna ciencia electrónica de la imagen, pero también en la literatura, cuando se habla de la densidad de un texto y también en el ámbito de la filosofía y de la teología, cuando se comparan entre sí en su esencialidad, a Dios, los ángeles y los hombres.

En el ámbito de la Iglesia el Movimiento de Schoenstatt tiene su propia densidad y por eso ha encontrado su lugar propio. De él depende ahora mantener esa densidad, lo más propio de su esencia, su carisma, y de fomentarlo adecuadamente en las otras instituciones.

2. Para que ustedes, como miembros del Movimiento de Schoenstatt puedan asumir su responsabilidad en la Iglesia y por la Iglesia, es útil e importante el orientarse siempre por el origen y mirar hacia las raíces. ¿Qué es lo que el P. Kentenich quería hacer con la fundación de la Congregación mariana y más tarde con el Movimiento para la misión de la Iglesia - y qué ha logrado?

Una cosa era para él especialmente importante: fomentar la vida cristiana en la sociedad actual con los medios adecuados. Como reconocido pedagogo incorporó el P. Kentenich la pedagogía para profundizar la formación cristiana de los miembros del Movimiento. La irradiación del Movimiento se explica por este especial carácter y exige por eso una múltiple y adecuada pedagogía en los diferentes campos del propio esfuerzo. En esto el Movimiento de Schoenstatt es siempre católico, es decir, se adapta a las diversas culturas y se implanta en ellas sin perder la unidad en la actitud fundamental.

El actuar pedagógico implica una gran responsabilidad. No puede referirse a aprovechar la ventaja del saber para conservar el poder, pues entonces los afectados son conscientemente mantenidos en un

estado inferior. Si consideramos etimológicamente la palabra, el pedagogo es alguien que conduce al niño en su camino, lo acompaña y lo guía. Promueve la responsabilidad del niño y apoya el desarrollo de sus capacidades. Para ello se requiere sabiduría y paciencia, como una Hermana Vicentina nos dijo una vez a los seminaristas, cuando nos recibió en su clase para una práctica en la formación catequética: *“No se crían las plantas para el propio gusto, sino para florezcan”*.

¿No tenemos acaso en Cristo mismo el mejor ejemplo de pedagogo, que se adaptaba a sus oyentes, como el Evangelista Marcos dice tras una serie de parábolas: *“A ellos les hablaba sólo en parábolas, pero a sus discípulos les explicaba todo cuando estaba a solas con ellos”*? (Mc. 4, 34) Esta forma de actuar de Jesús corresponde plenamente a su actitud fundamental de ponerse en nuestro nivel humano, como escribe el Apóstol Pablo en su Carta a los Filipenses: *“Siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres”* (Fil. 2, 6; trad. Biblia Jerusalén). En la segunda lectura, de la Carta a los Hebreos, escuchamos algo semejante.

Así nuestra meditación nos ha llevado a nuestra más profunda raíz: a Cristo, nuestro Salvador y fuente de nuestra misión en la Iglesia. *“Lo que él os diga, hacedlo”* (Jn. 2,5) nos dice hoy María, como les dijo aquella vez a los sirvientes en Caná.

Ella es nuestra Patrona, nuestra Madre como Madre de la Iglesia. Ella - como el P. Kentenich - estará a nuestro lado, para que sigamos la voluntad de su Hijo.

¡Amén!